

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

79

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Atanasio de Alejandría

DISCURSOS CONTRA
LOS ARRIANOS

Introducción, traducción y notas de
Ignacio de Ribera Martín, DCJM



Ciudad Nueva

*A mis queridos padres, Lucía e Ignacio,
que me transmitieron la fe en Cristo,
verdadero Dios y verdadero hombre,
que Atanasio defendió.*

© Ignacio de Ribera Martín

© 2010, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-190-0

Depósito Legal:

Impreso en España

Preimpresión: MCF Textos. Madrid

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

I. EL TRASFONDO DE LA OBRA: LA CONTROVERSIA ARRIANA

La vida y la obra de Atanasio de Alejandría se insertan en un tiempo y en un espacio concretos. El siglo IV de nuestra era, en que le tocó vivir al alejandrino, conoció una de las mayores crisis doctrinales que han tenido lugar en la historia de la Iglesia: la crisis arriana¹. Esta crisis, como el mismo nombre de los discursos indica, constituye el trasfondo de los discursos *Contra Arianos (CA)*². Repasaremos ahora, brevemente, la historia, así como algunos de los protagonistas y cuestiones doctrinales implicados en dicha controversia.

1. *Los orígenes*

La controversia arriana comenzó siendo un conflicto local en Alejandría, pero se convirtió rápidamente en un

1. Para un estudio detallado de la crisis arriana, desde el punto de vista histórico y doctrinal, cf. M. SIMONETTI, *La Crisi Ariana nel IV Secolo*, Institutum Patristi-

cum «Augustinianum», Roma 1975.

2. En castellano, «arrianos» lleva doble erre, mientras que en latín se escribe con una sola.

problema de todo el oriente cristiano y acabó por involucrar más tarde también al occidente. Dada la situación política de la época y la injerencia del poder civil en los asuntos eclesiásticos, se convirtió a la vez en un problema general: la falta de unidad doctrinal en la Iglesia suponía un peligro para la unidad del Imperio Romano, por lo que los emperadores intervendrán activamente en la crisis.

Arrio (256-336 d. C.), quien inició la controversia y dio nombre a la herejía, era un presbítero de Alejandría (Egipto). En torno al 320 d. C. Alejandro, obispo de Alejandría, convocó un sínodo en el que lo excomulgó por promover una postura doctrinal que negaba la divinidad del Hijo.

2. *El concilio de Nicea*

Arrio, no obstante, obtuvo el apoyo, entre otros, del obispo Eusebio de Nicomedia, quien tenía influencia en la corte del emperador romano. A raíz de ello, la controversia llegó a oídos del emperador Constantino, el cual convocó el Concilio de Nicea (325 d. C.), buscando poner fin a una crisis que iba adquiriendo, cada vez más, mayor extensión y magnitud. En este concilio se condenaron las tesis arrianas que negaban la divinidad del Hijo, según las cuales, el Hijo «hubo un tiempo en que no existía» y «fue creado de la nada».

La ortodoxia quedó sancionada en el símbolo de la fe, que todavía hoy se sigue profesando en la Iglesia³. En dicha profesión de fe se confiesa que el Hijo es «engendrado, no creado», «de la misma naturaleza que el Padre». Esta unidad de sustancia entre el Padre y el Hijo (en griego «*ho-*

3. El llamado símbolo Niceno-constantinopolitano.

moousios) zanjó por el momento la cuestión doctrinal en contra de la postura mantenida por los arrianos, pero no fue capaz de poner fin a la controversia arriana, que se extendió a lo largo de casi todo el siglo IV.

Uno de los participantes en el concilio de Nicea fue el joven diácono Atanasio de Alejandría (296-373 d. C.), el autor de la presente obra que ofrecemos ahora en su versión castellana, y que el año 328 sucedió a Alejandro como obispo de Alejandría, siendo un notable y ardiente defensor de la fe de Nicea.

3. *La controversia después del concilio de Nicea.* *Los destierros de Atanasio*

Como se apuntaba más arriba, el Concilio de Nicea no supuso el fin de la controversia arriana. Una vez que el concilio había sancionado el término «*homoousios*», los herejes trataban de reinterpretarlo como indicativo de una semejanza de sustancia, y no de una identidad (el Hijo se parece al Padre, pero no tiene la misma sustancia). También apelaban como pretexto, para sus posiciones doctrinales, el que dicho término no aparecía en la Escritura (cf. CA I, 30, 3).

Atanasio hizo frente, con valentía y decisión, a la herejía arriana, siendo desterrado hasta cinco veces a partir del 335, por defender la genuina fe de la Iglesia. Todo ello se entiende, como se explicará brevemente a continuación, por la injerencia del poder político en el ámbito eclesiástico. Lo que preocupaba a los emperadores en esta controversia no era la cuestión doctrinal, sino la unidad y estabilidad del Imperio. El hecho de que los enemigos de Atanasio estuviesen políticamente mejor posicionados explica por qué Atanasio sufrió tantos destierros.

La primera vez fue desterrado entre los años 335-337. Tras ser depuesto por un sínodo local y ser rehabilitado

Arrio (que moriría muy poco tiempo después), Atanasio fue acusado falsamente de traición ante el emperador y desterrado. Durante este periodo, que pasó en Tréveris (norte de las Galias), Atanasio terminó de redactar su doble obra *Contra los paganos*⁴ y *La encarnación del Verbo*⁵. Poco después de su vuelta a la sede de Alejandría murió el emperador Constantino, dejando el Imperio Romano repartido entre sus tres hijos: Constantino II, Constante y Constancio. A éste último le fue adjudicado el oriente del Imperio, al que pertenecía la sede de Alejandría.

Tampoco la muerte de Arrio (336) puso fin a la controversia arriana, ya que las posturas que defendió siguieron contando con el apoyo –si bien con matices propios– de importantes figuras como Asterio y el obispo Eusebio de Nicomedia. Asterio, seguidor de Arrio y autor de una obra titulada «*Syntagmation*»⁶, distinguía en Dios dos sabidurías: la que era coeterna con el Padre y otra sabiduría, creada y no coexistente con Dios, que es el Hijo. Atanasio se refiere a él en diversas ocasiones a lo largo de los discursos y cita textualmente varios fragmentos de su obra⁷. Eusebio, obispo de Nicomedia y más tarde de Constantinopla, aparece también citado en los discursos *Contra Arianos* como uno de los defensores del arrianismo⁸. Se piensa que murió hacia el 342.

Poco tiempo después de volver de su primer destierro, Atanasio es nuevamente depuesto por un sínodo, convocado por Eusebio de Nicomedia, y se refugia en Roma

4. Cf. ATANASIO, *Contra los paganos*, L. SÁNCHEZ NAVARRO (trad.), BPa 19, Ciudad Nueva, Madrid 1992.

5. Cf. ATANASIO, *La encarnación del Verbo*, J. C. FERNÁNDEZ SÁNCHEZ (trad.), BPa 6, Ciudad Nueva, Madrid 21997.

6. Cf. M. VINZENT, *Asterius von Kappadokien, Die theologischen Fragmente*, Brill, Leiden - New York - Köln 1993.

7. Cf. CA I, 29, 1; 30, 7; CA II, 28, 4; 37, 2-3; 40, 2; y CA III, 2, 1; 60, 4.

8. Cf. CA I, 22, 4; 37, 4; CA II, 24, 5.

(339-346). La llegada de Atanasio a Roma supuso que el occidente cristiano quedase también involucrado en la controversia arriana. En este periodo escribió probablemente los discursos *Contra Arianos*, la obra que nos ocupa, y la *Carta a la muerte de Arrio*, dirigida al obispo Serapión. El año 346 Atanasio logra regresar a Alejandría, reempezando su actividad pastoral, y escribe la *Apología contra los arrianos*. Tras la muerte de Constante en el año 350, Constancio, que hasta entonces era emperador sólo del oriente, se hace con todo el Imperio.

Los enemigos de Atanasio consiguen que el emperador Constancio convoque dos concilios (Arlés en el 353 y Milán en el 355) en el que el Patriarca de Alejandría es condenado nuevamente y desterrado. Durante este tercer destierro Atanasio se esconde con unos monjes en Egipto. Se piensa que en este tiempo escribe la *Vida de Antonio*⁹ y otras cuatro *Cartas a Serapión*¹⁰. La crisis arriana sigue agudizándose, pero en el 361 Atanasio logra volver gracias a la amnistía concedida por el nuevo emperador Juliano el Apóstata.

Es desterrado por cuarta vez en el año 362 y logra regresar en el 364. Pero es desterrado nuevamente en el 365 y se mantiene oculto por un año. En el 366 puede volver y muere en Alejandría en el 373.

II. LOS DISCURSOS CONTRA ARIANOS

Con esta obra Atanasio hace frente a las tesis heréticas arrianas acerca del Logos, la segunda persona de la Trini-

9. Cf. ATANASIO, *Vida de Antonio*, Paloma RUPÉREZ GRANADOS (trad.), BPa 27, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

10. Cf. ATANASIO, *Epístolas a Serapión sobre el Espíritu Santo*, C. GRANADO (trad.), BPa 71, Ciudad Nueva, Madrid 2007.

dad. La discusión se centra sobre todo en la interpretación de algunos pasajes de la Sagrada Escritura que los arrianos alegaban como pretexto para negar la divinidad del Logos. Arrio y sus seguidores afirmaban que el Logos no era coeterno con el Padre, que había sido creado y que, por tanto, era mutable. El tono de la discusión es firme y decidido –en algunos momentos incluso apasionado– y ha de entenderse a la luz de las circunstancias históricas y eclesíásticas que Atanasio tuvo que vivir.

Según nos dice el mismo Atanasio, se trata de una herejía que estaba engañando a muchos, simulando ser cristiana al usar palabras de la Escritura. Estaba en juego ni más ni menos que la divinidad del Hijo, y Atanasio va a hacer una ardorosa defensa de la piadosa fe; la fe que el Concilio de Nicea, como hemos visto, había sancionado: el Hijo es de la misma sustancia que el Padre, engendrado pero no creado, coeterno con el Padre e inmutable. Se trata de una defensa que retoma, uno a uno, los pasajes de la Escritura que los arrianos usaban para fundamentar su herejía. La obra es, pues, todo un ejemplo de cómo hacer exégesis bíblica. Por ejemplo, Atanasio lee la Escritura siempre a la luz de la piadosa fe¹¹, y la lee como una unidad en la cual unos pasajes iluminan y completan a otros.

La clave de la argumentación de Atanasio está en distinguir cuándo la Escritura está hablando del Logos en cuanto Logos divino y cuándo se está refiriendo al Logos en cuanto que tomó carne. *En el principio existía el Logos y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios* (Jn 1, 1), pero en la plenitud de los tiempos *el Logos llegó a ser carne* (Jn 1, 14). Estos dos textos del prólogo de San Juan sintetizan perfectamente la doble perspectiva desde la que hay que con-

11. Es decir, la fe de los padres, lo que hoy denominaríamos «Tradicición»;

en numerosas ocasiones se refiere a ella simplemente como la «piedad».

siderar el misterio del Logos encarnado. La herejía arriana no supo hacer esta distinción y acabó por negar la divinidad del Hijo, mientras que hubo otras herejías (como el docetismo) que llegaron al extremo opuesto, reduciendo a mera apariencia la humanidad del Logos encarnado. Otra de las claves de la argumentación de Atanasio es la identificación del Logos con el Hijo, la Imagen y la Sabiduría del Padre. El hecho de ser Hijo e Imagen explica por qué el Logos es de la misma naturaleza que el Padre, y el hecho de ser la Sabiduría asegura la eternidad del Logos y su coexistencia con el Padre.

Atanasio clarifica la distinción entre la vida intradivina y la economía de salvación, pero a la vez no separa la vida divina de la historia de la salvación. Una vez salvaguardada la integridad del Logos en cuanto Dios, Atanasio se ve obligado a explicar por qué, no obstante la divinidad y eternidad del Logos, la Escritura le atribuye en algunas ocasiones comportamientos y características propias de las criaturas. Un ejemplo claro es el hecho de llegar a ser: el Logos, en cuanto que es Logos, no llega a ser ni es una criatura, pero llegó a ser hombre por nosotros.

Estas reflexiones llevan a Atanasio a entrar directamente en consideraciones soteriológicas y a no limitarse a la realidad divina del Logos. En este sentido la obra es también muy enriquecedora y jugosa, pues Atanasio habla a menudo de la conveniencia y de la necesidad de que fuese el Logos, y no otro, el que nos salvase y tomase nuestra carne. Como repite en diversas ocasiones, si no se tratase de la carne y el cuerpo del Logos, por un lado, y de una verdadera carne humana por otro, nuestra salvación no tendría firmeza ni sería definitiva. La carne de Cristo, como dice Atanasio bellamente, se ha convertido en camino firme y seguro de salvación para los hombres.

Al hablar del Hijo, Atanasio se refiere también, en diversas ocasiones, a las otras dos personas de la Trinidad. Por

la Encarnación la carne humana ha quedado dispuesta para recibir el Espíritu y es el Hijo quien nos da el Espíritu. Y si el Logos se encarna es porque Dios Padre es «amigo del hombre» («*filanthropos*») y todo lo que hace es por amor al hombre.

Es importante entender la obra sin separarla de su autor y de su historia, pues a menudo se corre el peligro de reducir la realidad de una obra a la literalidad de su contenido. En este sentido creo que es muy iluminadora la perspectiva que adopta C. Kannengiesser en su prolija monografía acerca del *Contra Arianos* de Atanasio¹². Afirma, por ejemplo, que no podemos entender la labor de Atanasio como escritor al margen de su misión como obispo. Comenta también que la grandeza de Atanasio estuvo precisamente en que supo sintetizar y poner por escrito toda la riqueza de sus intuiciones doctrinales como pastor, y lo hizo en el ejercicio de su misión como obispo y como fruto de su contacto inmediato con los fieles. No se trataba de elucubraciones doctrinales, sino que la salvación de los hombres (pues si el Logos no era Dios verdadero no nos podía salvar) y la fe de los sencillos estaban siendo presa de la herejía arriana.

III. ESTRUCTURA DE LA OBRA

1. *Primer y segundo discurso* Contra Arianos

Los primeros dos discursos forman claramente una unidad. CA I, 1-10 es una introducción a ambos discursos, en la que Atanasio advierte sobre el peligro de la herejía arriana, que simula ser cristiana por el hecho de usar textos de

12. C. KANNENGIESSER, *Athanasie d'Alexandrie. Évêque et écri-*

van. Une lecture des Traités Contre les Ariens, Beauchesne, Paris 1983.

la Sagrada Escritura y que por esa razón ha engañado a muchos. En estos primeros diez capítulos Atanasio habla de Arrio, de la obra del hereje (la *Thalia*¹³), del Concilio de Nicea, de la piadosa fe que va a defender y del propósito de su obra. El último capítulo del segundo discurso (CA II, 82) sirve de conclusión para estos dos primeros discursos.

En CA I, 11-22 Atanasio hace frente a dos afirmaciones de los arrianos («hubo un tiempo en que no existía» y «no existía antes de ser engendrado»), que utilizaban para negar la eternidad del Logos.

Al final de CA I, 22 Atanasio presenta dos preguntas que los arrianos solían hacer a los muchachos y a las muchachas en las plazas para alejarlos de la piadosa fe («si el que existía era uno sólo o eran dos» y «si existían sus hijos antes de ser engendrados»). Atanasio sale al paso de estas preguntas capciosas, que apuntaban en la misma dirección que las dos afirmaciones de la sección anterior. En CA I, 22-29 el obispo de Alejandría responde a la primera pregunta, y en CA I, 30-34 a la segunda.

A continuación (CA I, 35-52), Atanasio defiende la inmutabilidad del Logos frente a los arrianos, que afirmaban que era mutable basándose en dos textos de la Escritura: Flp 2, 9-10: *Por ello también Dios lo ensalzó y lo agració con el nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo*, y Sal 44 (45), 8: *Por esta razón Dios, tu Dios, te ungió con óleo de alegría por encima de tus partícipes*. Atanasio hace una exégesis de ambos en CA I, 37-45 y en CA I, 46-51 respectivamente.

CA I, 53 abre una gran sección que se extiende desde lo que queda del primer discurso hasta el final del segundo

13. G. BARDY, *La Thalie d'Arius*, en *Revue de Philologie* 53 (1927) 211-233.

(CA I, 53-CA II, 82). A lo largo de esta sección Atanasio va a refutar la tesis arriana según la cual el Logos es una criatura, una cosa hecha y algo que ha llegado a ser. Los arrianos, según él mismo nos dice, apelaban fundamentalmente a cuatro pasajes de la Escritura para afirmar que el Logos era una criatura. Estos cuatro textos de la Escritura aparecen mencionados en CA I, 53 y sirven para estructurar internamente esta larga sección, pues a partir de ese momento Atanasio los va a ir analizando uno a uno:

– Hb 1, 4: *Ha llegado a ser en tanto superior a los ángeles, cuanto ha heredado un nombre más distinguido frente a ellos.* Atanasio explica en CA I, 54-64.

– Hb 3, 1-2: *Por tanto, hermanos santos, partícipes de una llamada celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, a Jesús, que es fiel a quien lo ha hecho.* Atanasio estudia este texto en CA II, 1-11.

– Hch 2, 36: *Dios ha hecho a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Señor y Cristo.* La exégesis de estas palabras ocupa CA II, 12-18.

– Pr 8, 22: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras.* El análisis de esta cita es el objeto principal de CA II, 18-82.

No obstante, a veces, la argumentación deriva en algún tema relacionado o tiene lugar una digresión, como sucede a menudo a lo largo de los tres discursos. Esto acontece, por ejemplo, en los capítulos 41 y 42 del segundo discurso, que derivan en una interesante reflexión sobre el Bautismo.

El texto de los *Proverbios* (Pr 8, 22) es, con diferencia, el que recibe mayor atención por parte de Atanasio (CA II, 18-82). Antes de entrar a analizar directamente dicho pasaje, el santo Patriarca emprende una larga preparación (CA II, 19-44), en la cual cita y rechaza las tesis arrianas en tiempos de su predecesor, el obispo Alejandro de Alejandría (CA II, 19-36). También antes de iniciar el análisis del pasaje de *Proverbios* cita y refuta la postura de Arrio y Aste-

rio, según la cual había varios «logos» y varias «sabidurías» (CA II, 36-44). A continuación, y hasta el final del segundo discurso (CA II, 44-82), Atanasio se ocupa directamente del pasaje de los *Proverbios*. En CA II, 72-77 hace una exégesis del versículo siguiente (Pr 8, 23) y en CA II, 78-81 compara la Sabiduría (el Logos) con la sabiduría que hay en las criaturas.

2. Tercer discurso Contra Arianos

El tercer discurso comienza con una breve introducción (CA III, 1) en la que Atanasio se queja de que los arrianos no desistan de sus malos propósitos y de que hayan buscado nuevos argumentos para su herejía. Este discurso está claramente dividido en tres partes: La unidad del Padre y del Hijo y la de los cristianos entre sí (CA III, 1-25); la humanidad y la divinidad del Logos (CA III, 26-58) y la cuestión de la voluntad y el querer de Dios en relación a la generación del Logos (CA III, 59-67). La última parte de CA III, 67 sirve como conclusión.

En la primera parte del tercer discurso Atanasio defiende la unidad del Padre y del Hijo basándose principalmente en Jn 14, 10: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*, y en Jn 10, 10: *El Padre y yo somos una sola cosa*.

En la segunda parte Atanasio va explicando aquellos textos que reflejan comportamientos humanos del Salvador, como, por ejemplo, el hecho de *recibir* del Padre, el hecho de *ignorar*, el hecho de *progresar*, etc. Algunos textos importantes sobre los que se centra la discusión son Mt 28, 18: *Me ha sido dado poder*; Jn 3, 35-36: *El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano y el que cree en el Hijo tiene vida eterna*; Mt 11, 27: *Todo me ha sido dado por mi Padre y ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar*; Mt 26, 39: *Padre, si es posible,*